

tenlo entendido!» Así se expresa en un tratado de moral, un maestro que habla á su discípulo. Los rudos consejos, las amenazas brutales, las correcciones corporales, «severas hasta la muerte», fueron en el Egipto de los Faraones el «procedimiento por excelencia que empleaban los magistrados y los magos para dirigir la conciencia y modelar la juventud». Ningún papiro de esta época permite suponer que los maestros hayan dado á los súbditos y á los discípulos otras razones de bien obrar que el temor del castigo <sup>1</sup>.

El parasitismo real, con la multitud de los cortesanos y de los funcionarios, no es el único que se desarrolló sobre el gran organismo agrícola de Egipto; la solicitud de los labradores, quienes, para la prosperidad de sus cultivos, dependían absolutamente de la subida de las aguas fluviales, les había dispuesto á escuchar la opinión de los prudentes ó de aquellos cuya ancianidad ó su experiencia podían hacer pasar por tales, y poco á poco nació una casta de nuevos parásitos, los sacerdotes, que se encargaban de negociar con los dioses la regularidad de las crecidas.

Las perspectivas más lejanas de la historia nos muestran, sobre las orillas del Nilo, un pueblo alegre, muy poco preocupado de los misterios del más allá; Renan lo ha observado: «No se puede dudar, dice contemplando la estatua del escriba conocido bajo el nombre de Cheik-el-beled, que antes del período de monarquía despótica y suntuosa, haya tenido una época de patriarcal libertad» <sup>2</sup>. Pero gradualmente la dominación religiosa pesó más sobre las poblaciones, y los magos, á quienes se había cometido la falta de consultar benévolamente en las primeras edades, llegaron á dictar órdenes. Ayudados por la credulidad pública, por el miedo de lo desconocido, supieron persuadir á los rudos obreros de los campos que su trabajo no bastaba, ni aun ayudado por el de los ingenieros y geómetras, sino que se necesitaban también invocaciones y sacrificios al dios de las cataratas, á la divinidad «azul», así denominada sin duda por el color del agua que derramaba á través de las rocas. Entre

<sup>1</sup> Ollivier Beaugard, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*. Sesión del 16 de Octubre de 1890.

<sup>2</sup> *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 44.

el pueblo que sufre y el temible destino habían de interponerse los sacerdotes. Una roca de la isla de Elefantina, en frente de Assuan, tiene una curiosísima inscripción de la época griega, redactada por escribas religiosos como la reproducción real de una plegaria que hubiera proferido un rey de la tercera dinastía, es decir, de los tiempos viejos en aquella época, quizá de cinco mil años. Según el texto de la inscripción, ese personaje se dirige al dios de la catarata para



CABECERA DORADA DE UNA CAMA:  
EL DIOS BES PRESIDENDO LOS SUEÑOS Y ACASO  
TAMBIÉN EL AMOR

Museo de Bulak.

arreglar con él, mediante el diezmo anual sobre las cosechas y las aduanas, pagadas á sus tesoreros, los sacerdotes, una crecida anual y regular de las aguas fecundantes. El dios se compromete formalmente á abrir las puertas de sus rápidos; pero la amenaza queda suspendida sobre la cabeza de los Egipcios: si el diezmo llegase á faltar, la crecida de las aguas faltaría también. Por esta causa, antiguamente, según una leyenda bien inventada para los intereses de los sacerdotes, se sucedieron siete años terribles sin que el agua fluvial alcanzase la altura suficiente para entrar en los canales de riego.

Centenares de años, quizá millares antes de José, los sacerdotes hablaban á sus fieles de la serie de las «siete vacas flacas» siguiendo á las «siete vacas gordas», en castigo de un retraso en el pago del tributo sagrado<sup>1</sup>.

Como mágicos, pues, los sacerdotes habían conquistado gradualmente una consideración tan elevada en la sociedad de Egipto; la lectura de las inscripciones halladas desde 1880 en las pirámides de Sakkarah, demuestra que hace cinco mil años el libro por excelencia era sobre todo una recopilación de conjuros y de fórmulas mágicas. Mas, por hábiles que hayan sido los sacerdotes en la explotación de la credulidad popular y en la elaboración de los dogmas que les constituían en intérpretes necesarios del dios desconocido, es indudable que, en una naturaleza tan sencilla como la de Egipto por el conjunto de sus rasgos, la imaginación del pueblo debió ser impresionada por dos seres que transformó en personas divinas: el gran sol, que describe invariablemente su carrera en el cielo azul, evocando las aguas y dando la vida á todas las cosas, y el Nilo, que camina incesantemente hacia el mar, esparciendo el alimento en la tierra fecunda. De ese modo, la divinidad por excelencia cambia según los deseos y los momentos en el espíritu de los adoradores que la invocan, confundiéndose ordinariamente con el astro soberano, pero identificándose á menudo con el río, ó bien siendo á la vez el uno y el otro. Una tradición nos dice que el hombre ha salido del gran «ojo de Dios»<sup>2</sup>, es decir, del sol; pero otro mito, de tal modo popular que ha acabado por llegar á ser un patrimonio común y que se encuentra en todas las lenguas modernas, da al hombre otro origen: ha nacido del limo nilótico. Por lo demás, ¿no es cierto, en substancia, que el calor y la humedad son realmente las fuerzas que nos han hecho surgir del suelo, después de los millones y de los millones de especies antecesoras? Pocas verdades científicas parecen más evidentes bajo el velo transparente que las cubre.

Los símbolos son indefinidamente extensibles; primeramente simple fantasía imaginativa, luego dogmas religiosos que el fiel confiesa

<sup>1</sup> Brugsch, *Aus dem Morgenlande*.

<sup>2</sup> L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, p. 7.



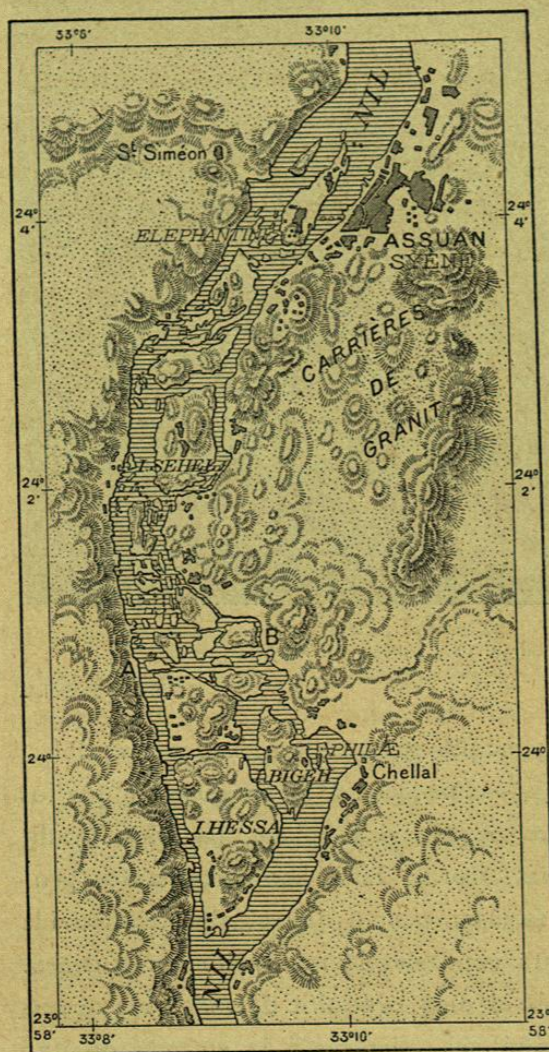
COFRE Y SILLÓN DE LA REINA TIA, ESPOSA DE AMENHOTEP IV

Museo de Bulak.

sobre la hoguera, — en un principio gérmenes apenas perceptibles, después vegetaciones inmensas, — obedecen á la imaginación que los creó, que los sustenta, y que puede, si le place, hacerles invadir el cielo y la tierra. Osiris, Isis, Horus, Tifón son otros tantos proteos que se adoran bajo mil formas, puesto que el alma conmovida les hace surgir á voluntad para confiarles la realización de su deseo. Osiris es evidentemente el sol, el dios evocador de toda vida terrestre, y, como tal, el que juzgará sus criaturas á la entrada de una vida nueva; mas, puesto que da nacimiento á las plantas y á los hombres, une su fuerza á la del río fecundante, el Nilo, cuyas aguas se esparcen sobre la tierra: es el río mismo. Isis, hermana y esposa de Osiris, es la luna, que durante las noches camina tranquilamente, pero sobre todo es la buena tierra que recibe la semilla. El verdadero matrimonio de Osiris y de Isis se hace en el campo que nos da el pan, y su envidioso, su enemigo, que es también una gran fuerza de la Naturaleza, es el viento seco del desierto, ó también el

pesado rayo del sol del estío. Así el Tifón malo se convierte tam-

N.º 139. Primera catarata.



1 100000  
0 1 2 4 Kil.

El dique llamado de Assuan está entre los puntos A y B. Puede estancar mil millones de metros cúbicos.

los cinco días suplementarios del año de 365 días que sucedió en el calendario de los Egipcios al año primitivo de 360 días: los otros dioses estaban provistos de honores antes de ese recién venido que

bién en el sol como el Osiris bueno.

La multitud de los dioses en la mitología egipcia se explica por los orígenes múltiples de la civilización nacional: todas las divinidades locales hallaron su sitio en el Panteón. Pthah era el gran dios de Menfis; Ammon, el de Tebas, y Ra habitaba el santuario de la ciudad, que, después de él, tomó el nombre griego de Heliópolis, «Ciudad del Sol». Asimismo, Osiris, otro mito solar, fué un dios local, originario de This ó de Abydos, capital anterior á Menfis, y aunque su apoteosis definitiva como dios de todo el Egipto sea un acontecimiento que data lo menos de cincuenta siglos, se le considera como un dios relativamente moderno en el cielo de los Egipcios, porque á él, lo mismo que á los otros dioses de su ciclo especial,

Isis, Naphthys, Horus y Tifón, están consagrados

había de tomar el imperio del mundo y juzgar á los vivos y á los muertos.

No puede menos de reinar gran confusión entre todos esos dioses suscitados por las imaginaciones humanas en diferentes lugares y que se sustituían tan fácilmente los unos á los otros, que se casaban, se emparentaban vagamente como hijos ó como padres, cambiando hasta de sexo, transformándose en el cielo como las nubes de la atmósfera. Á veces varios grandes dioses se fundían en uno solo: el Ammon de Tebas y el Ra de Heliópolis se convierten en el dios Ammon-Ra, y después se unieron todavía al Zeus de los Griegos y al Júpiter de los Romanos; los Alejandro y los César entraron en la familia, y el pueblo esclavizado creyó á esos monarcas participantes de la potencia divina.



Cl. Giraudon.

OSIRIS ENTRE ISIS Y HORUS

Museo del Louvre.

El culto simbólico de los animales, considerados como personificación de fuerzas naturales, de atributos divinos, tuvo gran importancia en Egipto; el carácter completamente excepcional que tuvieron en el culto se explica por el hecho de que los jeroglíficos reproducían sus formas desde la más remota antigüedad, y que se hallaban así gráfica y constantemente asociados á los dioses; la imaginación

popular acabó por confundirlos en una misma adoración, por atribuirles la misma virtud de intervención benéfica, el mismo poder para el milagro y hasta creyó que los mismos prodigios acompañaban su existencia. El toro Apis, que se asocia íntimamente á Phtah, el dios solar de Menfis, que representa por excelencia la fuerza de la creación, participa como los dioses de la pureza absoluta del nacimiento; respecto de él se creía, ó al menos se fingía creer en el dogma de la immaculada concepción; una ternera virgen y absolutamente blanca, fecundada por un rayo de sol, parió ese animal sin mancha. Pero la mayor parte de los animales sólo gozan de una adoración local: eran más bien santos patronos que dioses propiamente dichos; lo mismo que las tribus indias, las ciudades de Egipto tenían su símbolo totémico, y con frecuencia existía una gran rivalidad, hasta una guerra declarada, entre esos animales protectores de las ciudades.

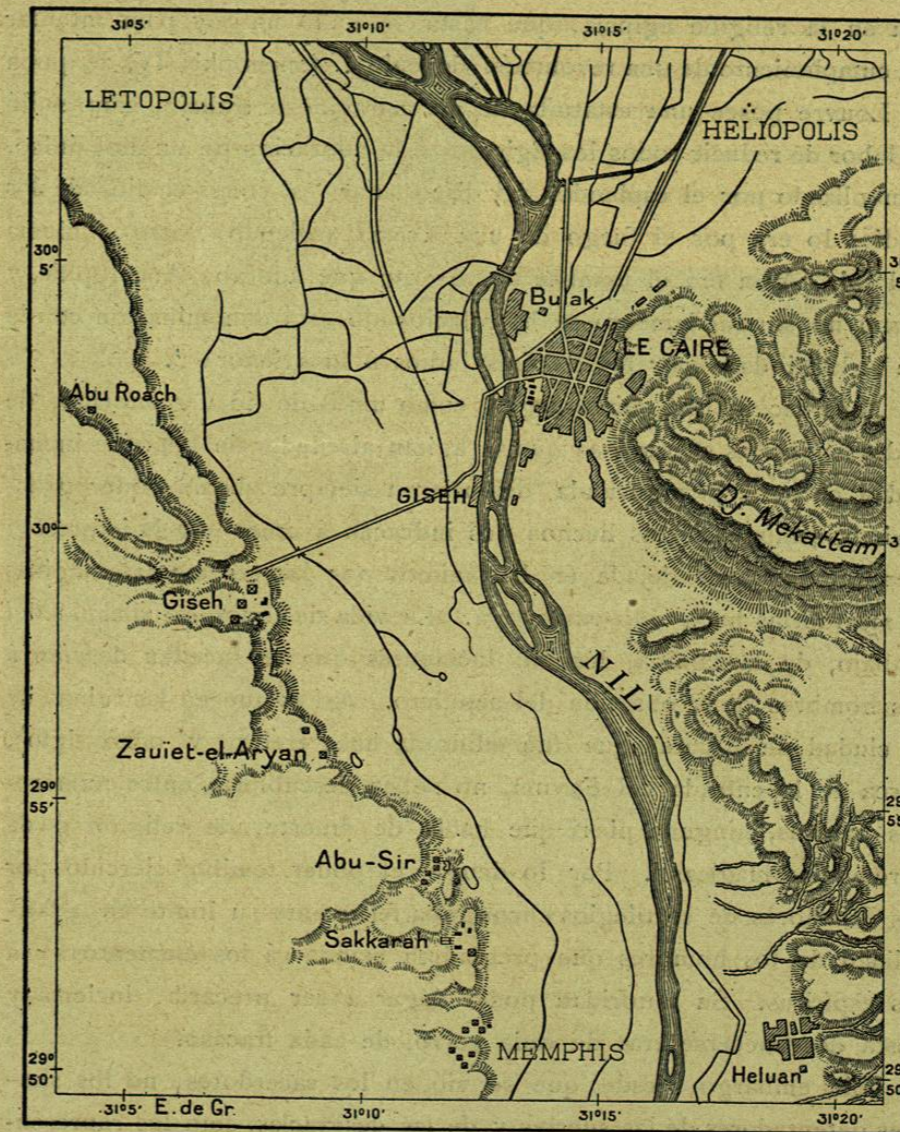
El politeísmo egipcio, tan extenso por el número de sus dioses que comprendía miles de animales, no impedía en modo alguno que, por su parte elevada, la religión de los Egipcios tocara á la idea de un dios único todopoderoso. La tendencia que llevaba á cada adorador de un dios á dotarle de todas las fuerzas creadoras, á reconocerle todas las cualidades, todas las energías que se representa el ideal humano, había necesariamente de crear en muchos individuos un verdadero monoteísmo, no menos absoluto en sus expresiones, no menos firme en sus ardores que lo fué después en sus expresiones el de los Judíos talmudistas y de los Árabes musulmanes. El culto de un solo dios, lo mismo, por supuesto, que todos los otros, halla plenamente sus orígenes en el mundo egipcio, y ciertamente sería difícil encontrar en la literatura semítica ó cristiana un pasaje más decisivo á este respecto de aquellos cuya traducción ha dado Brugsch <sup>1</sup>.

«Dios es el Uno y el Solo, y ningún otro es sino Él; Dios es el que ha hecho todo; Dios es un espíritu, un espíritu oculto, el espíritu de los espíritus, el gran espíritu de los Egipcios, el divino espíritu; Dios existe desde el principio; existía cuando no existía

<sup>1</sup> *Religion und Mythologie der Alten Aegypter.*

nada aún; es el padre de los orígenes; Dios es el Eterno; vive siempre y sin fin, perpetuo y de duración constante; Dios está oculto

N.º 140. De Menfis á Heliópolis.



1: 250.000

0 5 10 15 Kil.

y nadie conoce su forma... Dios es la Verdad; vive por la verdad; se nutre de verdad; se apoya sobre la verdad; crea la verdad; Dios

engendra y no es engendrado; da nacimiento pero no le ha recibido; se produce á sí mismo, se da nacimiento á sí mismo; es el creador de su forma y el escultor de su cuerpo».

La concepción monoteísta de la divinidad tomó tan gran influencia en la religión egipcia, que hasta se halló un rey para intentar el cumplimiento de una revolución de culto: Amenophis IV, de quien el Louvre posee una estatuíta de un maravilloso trabajo, emprendió la labor de reducir todos los Egipcios á la adoración de un dios único, simbolizado por el esplendor del disco solar, así como el dios de los Judíos lo era por el fuego de una «zarza ardiendo», otro emblema del sol. Aten era el nombre del Eterno que adoraba Amenophis, y acaso no sin fundamento se ha relacionado esta denominación con la de Adonai dada por los Semitas judíos á su «Señor»<sup>1</sup>.

Los sacerdotes, como magos, como amos de lo desconocido, de todas las formas misteriosas que se agitan alrededor de la pobre humanidad paciente y angustiada, dispusieron siempre de un poder grandísimo, aunque ciertos hechos nos induzcan á creer que la impresión general de terror dejada en los ánimos por las ceremonias mágicas y mortuorias haya sido exagerada. La vida de todos los días, la del trabajo, de la familia, los mil incidentes que se suceden desvían á los hombres de la obsesión del sepulcro. Así es que en las ruinas de la ciudad de Kahun, que fué edificada hace treinta y ocho siglos, cerca de la entrada del Fayum, no se ha descubierto entre numerosos papyrus, ninguna pieza que hable de muerte, de religión ó de ceremonias mágicas<sup>2</sup>. Por lo demás, el poder temible ejercido por los echadores de sortilegios encontraba felizmente su límite en la falibilidad de los hombres que pretendían mandar á los elementos y á los espíritus. Su autoridad podía llegar á ser precaria, incierta y hasta desvanecerse tras de cada yerro, de cada fracaso.

Sin embargo, desde que se vió en los sacerdotes, no los simples detentadores de las suertes y de las desgracias, sino los representantes de los dioses, y luego los confidentes del dios supremo y los intercesores directos cerca del trono, adquirieron una majestad sobre-

<sup>1</sup> Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité égyptienne à l'Exposition Universelle de 1867*.

<sup>2</sup> Griffith, *The Petrie Papyri*.

humana. Engrandecida en el dominio moral, su potencia tendía lógicamente á la conquista de todos los poderes. La propiedad eclesiástica se hizo formidable y se extendió sobre las mejores tierras; en Egipto más que en ningún otro país, el muerto se apoderaba del vivo, le chupaba la sangre de su cuerpo y le



Cl. Giraudon.

EL BUEY APIS Y EL SACERDOTE PSAMITIK

Museo de Bulak.

dejaba débil y extenuado. La ambición suprema de los divinos intérpretes pudo también satisfacerse durante cierto tiempo, si no en Egipto,